



¿Por qué me hice sacerdote?

Entrevista a Padre Sergio Arturo Córdova Páez, L.C.

¿Cómo nace la inquietud de ser sacerdote en mí?

La verdad es que mi historia vocacional se remonta hasta mi infancia. El ambiente familiar en el que siempre viví tan lleno de fe, de amor a Dios y de armonía; y, sobre todo, el ejemplo de vida cristiana de mis padres, profundamente creyentes y practicantes, y con un gran sentido del amor a Dios, de su Voluntad y de su Providencia en nuestras vidas, lo invadían todo. En mi hogar nació mi vocación sacerdotal. Mis padres nunca me hablaron de la posibilidad de ser sacerdote, pero su testimonio era el más elocuente de los discursos. Recuerdo que siempre, desde que tengo uso de razón, deseaba yo ser sacerdote. ¡Cosas de Dios! De niño jugaba con mis hermanos a decir la Misa, aunque nunca fui monaguillo en la parroquia de mi pueblo.

Además, el ejemplo de un tío mío, sacerdote franciscano, me impactó desde mi más tierna infancia. Yo lo admiraba y quería ser como él. Hacia el final de mis estudios de Primaria conocí a un sacerdote Legionario de Cristo y quedé prendido de su testimonio y de su personalidad: de una alegría contagiosa, un entusiasmo desbordante, pero lleno de sencillez, de equilibrio y de mesura, y muy lleno de amor a Dios y a los demás. Enseguida quise ser como él. Me invitó al Centro Vocacional (seminario menor) de los Legionarios en la Ciudad de México y por supuesto que acepté. Así comenzó esta maravillosa aventura de mi vocación sacerdotal.

¿Cómo describiría mi vida sacerdotal?

Una vida muy plena y muy feliz, al servicio de Dios y de los demás. Poder acercar y llevar a los hombres y mujeres a Dios es lo más plenificante en la tierra. Hemos sido creados para Dios y para gozar eternamente de Él y de su amor. El sacerdote es la persona escogida por Dios para realizar esta misión en la tierra. Y no hay algo más apasionante que ayudarlo en esta hermosa aventura. También a veces se tienen que pasar malos momentos, pero eso es lo más normal en la vida. Todo ser humano tiene sus ratos de luz y de oscuridad. Todo esto es parte esencial de la vida de un sacerdote y contribuye a llevar a cabo esta misión salvadora al lado de Jesucristo.

¿Cuáles han sido los retos más simbólicos que ha enfrentado como sacerdote?

Depende. Hay muchísimos retos en la vida. Si por “reto” se entiende responsabilidades, encomiendas o encargos recibidos, yo creo que toda mi vida ha sido un continuo reto. En nuestra Congregación, todavía de reciente fundación –nuestro fundador, en efecto, murió apenas el año pasado— todos los encargos que se confían a sus hombres son de altísima responsabilidad. Y la confianza que nuestros superiores depositan en cada uno es grandísima. No importa que uno no tenga experiencia en un campo de trabajo apostólico determinado. Tú te lanzas al agua confiando en la gracia de Dios, y tus superiores te apoyan y te sostienen siempre. Esto es sumamente hermoso y confortante. Sabes que tienes “las espaldas cubiertas” y que los tuyos jamás te van a traicionar. Además, un sacerdote legionario tiene que trabajar muchísimo más de lo que el tiempo humanamente le permite. Hay

muchísimo por hacer y jamás podremos decir que ya hemos cumplido todo lo que podíamos o teníamos que hacer. También esto es apasionante. En la Legión se nos enseña a buscar siempre hacer más y mejor en menos tiempo, a rendir al máximo nuestros talentos, cualidades y el tiempo que Dios ha puesto en nuestras manos para acercarnos al mayor número de personas a Él. Y siempre queda un campo amplísimo abierto a la iniciativa personal: nuevos proyectos, ideas, campos de acción, actividades, etc. para hacer que el mayor número de personas conozcan, amen y se entreguen a seguir a Jesucristo.

¿Qué experiencias como sacerdote lo han dejado más impactado?

Muchísimas. Tantas que jamás terminaría de narrar. Tendría que recordar ahora todo lo que me ha tocado realizar a lo largo de mi vida sacerdotal en México, España, Italia, Colombia, Alemania y ahora en Tierra Santa. Pero tratando de resumir, diría que una de las experiencias más profundas, más bellas y emocionantes de mi sacerdocio ha sido el poder acercarme y entrar en el mundo interior de las almas a través de la confesión, la dirección espiritual, la predicación sagrada y la administración de los sacramentos. El sacerdote es el ser humano en la tierra que mejor llega a conocer a las personas desde dentro, que las aman sincera y desinteresadamente, las consuela, las ayuda, las conforta y las lleva a Dios. Y esto es lo más importante en la vida. Cuando tú ves que, con tu palabra y tu acción —y tú te das cuenta de que no son tuyas, sino de Dios, que obra a través de ti— puedes devolver la esperanza, la paz, la alegría, la verdadera dicha a una persona que estaba derrumbada, desesperada, deprimida, totalmente abatida y destruida por dentro a causa

del pecado y de todas sus consecuencias, no hay palabras para describir la profunda satisfacción y felicidad que esto produce al corazón de un sacerdote. ¡Hay que vivirlo y experimentarlo para comprenderlo!

¿Cuál considera que es la tarea más difícil para un sacerdote?

Bueno, cada persona lleva su propia cruz. También el sacerdote. Y existen muchísimas y muy diferentes cruces en la vida. Hay dificultades inherentes a la propia condición sacerdotal y a su fragilidad personal. Otras dificultades provienen de fuera: de la dureza del apostolado que tiene que realizar o de las mil y una circunstancias que debe afrontar en su ministerio: lugares, personas, tiempos, trabajos, encomiendas, etc. No se puede dar una respuesta “standard”. Tal vez lo que a uno le resulta sumamente difícil y costoso, puede ser muy liviano y llevadero para otro. Cada uno tiene su propia historia y su propia experiencia. Pero no cabe duda de que, en cualquier caso, el sacerdote realiza su misión en la medida de su amor a Dios y de su entrega a Él y a los demás por llevarlos a Dios. “Amor vincit Omnia” decía el poeta latino Virgilio. “El amor todo lo puede y lo vence”. Allí está el secreto para ser feliz y la clave para perseverar hasta el final en medio de las oscuridades del camino de la vida.

Por: María Velázquez Dorantes \ mvdorantes@yahoo.com.mx